

PRECIO DE SUSCRICION. EN MADRID.

Por un mes. 4 reales. Por tres id. 11 » Por seis id. 24 » Por un año. 40 » Sale los miércoles y sábados. La suscripcion empieza en 1.º y 15 de cada mes.

ADMINISTRACION Y REDACCION, Huertas, 10, principal. No se sirve suscripcion cuyo importe no se reciba con el aviso, en libranza o sellos. La correspondencia, al DIRECTOR DE GIL BLAS.

Número suelto, CUATRO CUARTOS.

GIL BLAS

(SEGUNDA EPOCA)

PRECIO DE SUSCRICION. EN PROVINCIAS.

Por tres meses, en la Administracion. 45 reales. Por seis id. 28 » Un año id. 50 » ESTRANJERO, tres meses. 30 » ULTRAMAR, un año. 6 pesas. Se suscribe en la Habana: Propaganda literaria, calle de la Habana, núm. 100.

ADMINISTRACION Y REDACCION, Huertas, 10, principal.

Toda suscripcion hecha por comisionado costará un real más en Madrid y dos en provincias.

LO QUE CORRE POR AHI

No hace un año, ni medio apenas hará tres meses! que un doctor llamado D. Ramon Gil Orozco y Juan dió a luz en Barcelona un libro en verso, titulado El Mentor de la niñez, del cual dijimos que podia estar mejor impreso, pero que era imposible que estuviera peor escrito.

El Mentor de la niñez es una notabilidad, y el doctor se ha coronado.

Alentado sin duda por el extraordinario mal éxito de su primera obra, hoy publica la segunda, titulada: Cuestion del dia: la verdad manifiesta, ó sea oportunidad, origen, naturaleza, combates y triunfos del Pontificado. Opúsculo en verso dedicado a Maria Santisima, con licencia de la autoridad eclesiástica.

El título, como Vds. ven, es larguísimo, pero esto no importa; el doctor Gil Orozco es muy dueño de darle la extension que juzgue conveniente. La obra está dividida en tres partes, á que el buen doctor llama galerías: primera, el orgullo; segunda, las ilusiones; tercera, el triunfo. Esto lo he aprendido con lágrimas de mis ojos, porque he tenido que leer el prefacio en que el autor lo explica bastante mal, pero en verso.

Demos una idea de esta obra: Empieza con la dedicatoria á la Virgen Santisima, y dice así:

Vengo, reina adorada, Virgen pura, á ofrecer este escrito á vuestras plantas, pequeño, pero de intenciones santas, arreglado con la mayor lisura.

Vos, señora, ¿aceptais? estoy contento, y aunque yo no llegue á tener propicios, ni á los lectores ni á los municipios no he de manifestar gran sentimiento.

Alto, Sr. Gil Orozco de mi alma; alto ahí. Paso porque, una vez arreglado el libro con la mayor lisura, se atreva Vd. á ofrecerlo á la Virgen. Paso tambien porque la Virgen lo acepte, puesto que la Virgen no tiene en cuenta los malos versos, sino las buenas intenciones; pero ¡señor doctor! no pasaré nunca porque Vd. diga que no manifestará gran sentimiento por no tener propicios ni á los lectores ni á los... (esto es más gordo) á los municipios.

Y si no, venga Vd. acá, doctor: ¿para quién escribe Vd.? Para la Virgen no será, porque ella lee en su corazon, sin necesidad de leer sus malos versos. Luego escribe Vd. para los lectores y los municipios, y si ni unos ni otros llega Vd. á tener propicios, ¿qué va Vd. á conseguir con su obra?

—El cielo, dirá Vd.

—Entendámonos: Vd. merece el cielo en premio de su celo religioso. Pero, desdichado mortal, ¿qué no merece Vd. por tratar así á objetos tan santos? Y luego, ¿le parece á Vd. moco de pavo ese desprecio con que mira á los municipios, cuando ni siquiera los hace aconsonantar con propicios?

Sigamos adelante. El doctor entra en materia des-

cribiendo á grandes rasgos el mundo, la creacion y otras frioleras. ¡Oidle, almas compasivas; oidle, y orad por él, que bien necesita perdon!

Adán cuando pensara ser tanto como Dios... en eden. Cuando Eva lo tentara luego desnudos los dos bien se ven.

¡Ya lo creo, sin ningun inconveniente! ¡Ah! Más abajo dice que el desnudo se refiere á la gracia, para lo cual inventa el doctor una figura, que equivale á un traje de cuerpo entero que se transparenta. Sigamos:

El que no quiera engañarse y ser perdido sin fin, que no sea tan rocin que trate de condenarse. Remedio es muy oportuno; para no verse engañado; pensar en que está dañado el fruto de cada uno.

(Protesto, doctor; yo no tengo dañado ningun fruto, gracias á Dios. El otro dia compré un melon que estaba malo, pero no lo probé.)

Por eso decía Agustín que el conocerse en su esfera es de la ciencia primera el más seguro clarín.

(Francamente, doctor, ignoro la edad que tendrá usted; pero por muchos que sean sus años no le autorizan á tratar con tanta franqueza á San Agustín. ¿No ve Vd. que eso de Agustín á secas es esponerse á que le pregunten á Vd. en qué casa han comido juntos? ¡Agustín! Pues hombre, también pudo Vd. haber dicho Agustinito... ¡Pues y lo del clarín! (El santo no habló de clarín, ni le hacía falta.)

Pues si se halla alguna vez suficiencia en el obrar es porque Dios viene á dar los medios que dan la prez.

De qué, pues, nos engreimos si somos polvo y ceniza? Solo el alma se eterniza y de Dios la recibimos.

Mas no solo en aqueste orden del estudio y la natura podemos cambiar figura ni que los miembros engorden.

Solo son de Dios los dones que hacen nuestra perfeccion, él cambia hasta el corazon, é ilumina en ocasiones.

¡Ah! queridísimo doctor Gil Orozco; ¡cuanto siento que esta ocasion no haya llegado para Vd.!

Dios ilumina á los buenos, pero parece que no se cuida de los malos poetas. Siendo escogido todo lo que sale de la inimitable pluma del doctor, escusado parece que sigamos citando. Basta con esto para que los lectores y los municipios, á quienes trata con tanto desden, se esfuercen por levantarle algo, —aunque sea una estátua.

En fin, no quiero privar al publico de la pintura que hace el doctor de la sociedad presente. Héla aquí:

Fatalismo, es todo positivismo, cuanto más buscan tesoros hay más miseria y desdoras, todo es un puro egoismo

No hay quien coma, no así sucede en Roma, donde Dios es lo primero, y alcanzar el bien postrero sin imitar á Mahoma.

Porque el Papa á quien nada se le escapa de cuanto puede convenir á salvar el alma al morir nos busca por todo el mapa.

Ahora solo me falta decir á Vds. que la nueva obra del doctor Gil Orozco se vende en Madrid, en la librería de San Martin, Puerta del Sol.

Lo digo para que puedan Vds. huir de ella.

Luis Rivera.

DESDE EL SUIZO A LA SUIZA

De Valencia á Barcelona.

—Ya recordará Vd., dijo la viajera, que cuando nos conocimos en Santander, yo vivía con mi mamá.

—Si señora, dijo el hombre de los zapatos blancos. —Pues bien; Vd. entonces me dijo que me amaba.

¡Ah! ¡Fernando! ¡Por qué me engañó Vd. Yo le creí, Vd. se marchó; mamá murió, quedé sola.

—No chilles, dijo el viajero. Al oír este no chilles, dicho con tal franqueza, estuve por soltar la carcajada.

—¡Y por qué te fuiste, gran bribon? exclamó ella. —¡Chist! (él).

—No tengas cuidado, duermen los dos. —Vaya, pues si duermen, hablemos claros. Me fui y te dejé, porque te vi completamente decidida por el administrador de correos.

—¡Já! ¡já! ¡já! ¿Con que lo comprendiste? Entonces escusado es que yo te riña. ¿Y á dónde vas ahora?

—A Tarragona. —Y tú? —A Barcelona.

—¿Y qué has hecho de tu mamá? —La he cambiado por otra.

—¿Eh? —Sí; ahora tengo otra mucho más presentable. Me espera en Barcelona. La he enviado delante para que busque casa.

Al llegar aquí se despertó el cura y la conversacion fué interrumpida.

Estábamos en Amposta. La oscuridad era densa, el terreno árido y seco. Corria un airecillo sutil.

Se paró el tren. La viajera y su amigo hablaban en voz baja y se reian mucho. Los empleados de la línea abrieron las portezuelas y bajamos todos. Momento grave. Teníamos que cambiar de vehiculo. Desde allí hasta Tortosa el viaje se hace á la antigua. ¡En diligencia!

¡Cuántos recuerdos despierta este cambio en los viaje-

ros de edad madura! En cuanto á los jóvenes, nos carga de una manera tal, que quisiéramos ir por el aire.

¡Dos horas en berlina! Dejo á la consideracion del que lo esté en este momento, que serán dos horas si media solamente es ridícula!

¡Y qué dos horas! La voz del mayoral ha perdido todo el encanto y toda la poesía que tenía hace doce años. La diligencia es vieja y mal conservada. El camino es llano como la palma de la mano, y no se encuentra en todo él ni siquiera un ladroncito para entretenimiento del viajero! Tienen razon los viejos; la civilizacion es una cosa terrible! Dichosos tiempos aquellos en que estaba uno en berlina toda la vida, y tragaba polvo sin cesar, y era robado á cada media legua, y llegaba al final de su viaje con algo rotó!

La viajera ¡estaba escrito sin duda! vino á la misma diligencia que yo elegí. En cambio el caballero de los zapatos blancos no vino con ella.

¿Y el cura? ¿Qué sería del cura, que tampoco vino con nosotros?

Y yo iba triste y enfermo, y sin embargo, no tenía cura, ¡ni me hacia falta! ¡Lo que somos!

Se me presentaba un porvenir de dos horas solito con Amalia-Magdalena-Luisa.

Esto creí; pero bien pronto salí de mi error.

Una voz de hombre dijo desde fuera:

—¿Hay sitio ahí?

Yo hubiera contestado que no, pero la viajera dijo sin darme lugar para ello:

—¡Sí señor!

Acto continuo subió un hombre cuyas facciones no era fácil distinguir.

—¡Caramba! dijo al entrar: si me descuido me quedo en tierra, señores; estos cambios y estas jaranas le confunden á uno. ¡Adios! ya me he dejado en el wagon el saco de noche... ¡bueno va!

El mayoral gritó entonces:

—¡Aaaaarzá!

Y los caballos emprendieron la carrera.

Nuestro nuevo compañero de viaje tenía unas ganas de hablar parecidas en su género á las que la viajera y yo teníamos de no decir nada.

Al poco rato de camino, sacó un cigarro y encendió un fósforo.

Yo vi que el hombre era tuerto. La viajera dió un pequeño grito. El tuerto exclamó:

—¡Calle! ¡Qué encuentro!

Y apagó la luz.

—¿Vd. por acá? dijo la señora de los mil y un amigos.

—¿Quién habia de pensar!... dijo él.

Yo di un ronquido admirable.

Pero no me valió el arte. Esta vez la viajera y su amigo hablaban bajito, muy bajito... y libreme Dios de sospesar que aquello no era más que hablar bajito.

Pasé las dos horas aquellas como mejor pude.

Llegamos á Tortosa. Atravesamos una porcion de calles estrechas, sombrías, tristísimas. La poblacion presentaba un aspecto desconsolador. La soledad, la hora, los edificios de color oscuro, las tapias ruinosas, todo infundia pena. Se acabó el viaje en berlina, y volvimos á entrar en los wagones.

Antes de que se me olvide, quiero aconsejar á todos los viajeros que recorran la línea de Valencia á Barcelona, que procuren llevar víveres para el camino. No encontrarán en todo el trayecto más que un... restaurant (que algún nombre le he de dar), donde no hay más que un pollo asado que desde tiempo inmemorial está sufriendo los desdenes de cuantos le ven, sin lograr que nadie le hinque el diente. Un caballero que entró conmigo con el vano empeño de tomar algo, y que habia pasado en otra ocasion por aquel sitio, vió encima de la mesa el plato donde yacia el ave infeliz, y exclamó:

—¡Ah! ¡el pollo del año 58! ¡Cómo se conserva!

Y se salió del restaurant, y yo lo mismo.

Busqué en la oscuridad á la viajera inverosímil, y no pude encontrarla.

El tren tardaba en partir cerca de una hora, no sé por qué.

Entré en un wagon donde no habia nadie, y esperé tranquilo.

Me decia el corazon que aquella mujer entraria en el wagon mismo donde yo estaba.

—¿Quién será? decia yo. ¿De dónde vendrá y á dónde iremos á parar con todos esos nombres?

Y pensando, pensando, pensando, me quedé dormido de veras.

Fué una torpeza, lo confieso; pero ¿qué remedio? El

sueño es tirano; hay que obedecerle, hay que respetarle: no dormir... es imposible.

Cuando abrí los ojos ya estaba muy entrado el dia; ya el paisaje habia cambiado completamente.

Se veia el mar á lo lejos; la vegetacion era abundante y rica; por todas partes olivares, viñas en la falda del monte, mucho caserío, mucho huerto...

Pero á pesar de la abundancia y de la riqueza de árboles y de frutos, aquello no se parecia á Valencia ni mucho ni poco.

El color verde de los campos era mucho más oscuro. Los árboles más corpulentos, más frondosos. Las aldeas más toscas; los huertos de construccion enteramente distinta. Las casas más á la moderna. En algunos puntos veíanse sobresalir altísimas chimeneas. Las gentes que se veian desde el wagon más robustas; las fisonomias más varoniles y expresivas; el habla más cerrada. Estábamos en plena Cataluña.

Como la primera mirada mia se dirigió hácia afuera, no reparé al pronto en que no estaba solo en el wagon; cuando miré hácia adentro, vi que tenia un compañero.

Una mujer.

—¿La de marras? preguntará el lector.

—¡Oh, no! Otra... otra á quien reconocí en seguida, porque era una antigua amiga.

Ella me reconoció también, y bajó los ojos.

Era Celia.

Celia llamábamos varios amigos hace cinco años á una encantadora muchacha que amenizaba nuestros *gaudeamus* nocturnos con canciones al piano, frases deliciosas y brindis de muy buen gusto.

No recuerdo dónde la conocimos, ni cómo llegó hasta nosotros. Solo recuerdo que en un círculo de artistas y poetas melenudos, solian pasar algunas horas media docena de modistas y actrices de poco sueldo, que segun la expresion de uno de nosotros, se encerraban en un círculo vicioso.

Celia era un tipo enteramente opuesto al de la viajera de la noche anterior. Morena, de tez blanca, etc., etc.

Cuando me la encontré junto á mí no pude contener un grito de asombro.

—¿Y eres tú? pregunté.

—La misma, me respondió, y lanzó un suspiro.

Razon tenía para suspirar. En cinco años habia envejecido tanto, que solo merced á mi buena memoria pude reconocerla.

—No me digas nada, exclamó; ya sé que estoy vieja y hasta fea. No quiero desconsolarme, y te suplico que me evites este disgusto. Hablemos de otra cosa: hablemos de tí. ¿Te suceden aventuras? ¿erescribes? ¿duermes?

—¡Ay, Celia! exclamé; ya sabes que las aventuras me entusiasman casi tanto como al hidalgo manchego: pues bien, he perdido una magnífica.

—Cuéntame eso.

—Figúrate que salgo ayer de Valencia con una mujer que tiene tres nombres, que es casada en Castellon; soltera en Vinaroz, amiga de un hombre con zapatos blancos, y más que amiga de un tuerto, y que...

—¿Ah, sí? exclamó Celia riendo á carcajadas; ¡pues si no es más que eso, yo te sacaré de dudas, joven inesperto!

—¿Qué? ¿Conoces á esa mujer?

—¡Mucho!

—¿Quién es?

—Yo.

Me quedé como si me hubieran metido de pronto en un baño de agua de nieve.

—Sí, hombre, sí, dijo Celia; yo, que te estoy dando el bromazo desde ayer tarde, y que te lo hubiera seguido dando; ¡pero, hijito, con el traqueteo del viaje no es posible, porque se me han caido los polvos dorados del pelo, se me ha caido el colorete de la cara, y los tres lunares, y los tirabuzones, y todo!

Entonces, mirándola fijamente, fuí recordando, y me convencí de que Celia no mentía. La vispera era rubia, sonrosada; tenia lunares, tirabuzones.

¡Y todo habia cambiado!

Llegábamos en aquel instante á Barcelona. Me despedí de Celia, la cual me aseguró que desde aquel instante, por si algo se me ofrecia, se llamaba Elvira Perezini, y entré en la condal ciudad pensando:

—¡En verdad que los viajes enseñan mucho!

Eusebio Blasco.

UNA CARTA DE VICTOR HUGO

La juventud literaria de Paris ha dirigido una entusiasta carta á Víctor Hugo, felicitándole por su nuevo triunfo con la representacion de *Hernani*, y lamentando al propio tiempo su ausencia.

Hé aqui la contestacion del gran poeta:

«MIS QUERIDOS POETAS:

La revolucion literaria de 1830, corolario y consecuencia de 1789, es un hecho propio de nuestro siglo. Yo soy el humilde soldado del progreso, que combate por la revolucion bajo todas sus formas,—la literaria como la social. Tengo la libertad por principio, el progreso por ley, el ideal por arte.

Yo no soy nada, pero la revolucion lo es todo. La poesía del siglo XIX echa raíces, y 1867 viene á demostrar que 1830 tenia razon. Vuestros nombres son una prueba de ello.

Nuestra época obedece á una lógica profunda, desconocida para los espíritus superficiales, y contra la cual no triunfará ninguna reaccion. El gran arte es el alma de este gran siglo.

Gracias á vosotros, gracias á vuestro talento, la luz se irá extendiendo más cada dia. Nosotros, los viejos, sostuvimos el combate; vosotros, los jóvenes, alcanzaréis el triunfo.

El espíritu del siglo XIX combina el examen democrático de lo verdadero con la ley eterna de lo bello. La irresistible corriente de nuestra época dirige todas las cosas hácia este objeto soberano: la libertad en las inteligencias, el ideal en el arte.

Dejando á un lado todo lo que me concierne personalmente, desde hoy puede afirmarse que se ha efectuado la alianza entre todos los escritores, entre todas las inteligencias, entre todas las conciencias, con el propósito de realizar tan magníficos resultados. La generosa juventud, de que formais parte, desea con entusiasmo esto mismo en la poesía como en el Estado. La literatura debe ser á la vez democrática é ideal; democrática para la civilizacion, ideal para el alma.

El drama es el pueblo: la poesía es el hombre. Esta fué la tendencia manifestada en 1830, continuada por vosotros y comprendida por todos los grandes críticos de nuestros dias. Ningun esfuerzo reaccionario, vuelvo á repetir, prevalecerá contra esta evidencia. La alta crítica está de acuerdo con la alta poesía.

En la escasa medida de mis fuerzas, doy gracias y felicito á esa crítica inteligente que habla con merecida autoridad en la prensa política y literaria, que tan bien comprende la filosofía del arte, y que aclama unánimemente á 1830 como á 1789.

Desde el punto de la vida á que he llegado se ve de cerca el fin, esto es, el infinito, y en este estado supremo no hay lugar en el espíritu más que para los pensamientos más severos. Pero antes de la melancólica despedida; para la que hago los preparativos en mi soledad, me es grato recibir vuestra cariñosa carta, que me hace soñar con la vida á vuestro lado, dulce ilusion de un maridaje entre el ocaso y la aurora. ¡Y me felicitaís por la bienvenida, á mí, que me dispongo para el último adios!

Gracias. Estoy ausente porque este es mi deber, y mi resolucion es inquebrantable; pero mi corazon está con vosotros.

Estoy orgulloso de ver mi nombre rodeado de los vuestros,—como de una corona de estrellas.

VICTOR HUGO.»

CABOS SUELTOS

He leído en los periódicos una crónica de Biarritz, en la cual se demuestra que los españoles podian estar mejor en cualquiera punto de la costa española que en el nuevo caserío conocido por la *Villa de la Emperatriz*.

El autor podrá tener toda la razon que le dé la gana.

En cualquiera parte de los puertos españoles se vive más holgadamente, con más fresco y más franqueza.

Pero ¡cómo ha de ser! en Biarritz hay cosas con las cuales no cuenta el cronista... cosas que están muy por encima de todas las demás cosas... que es caro y no es español.

—Un país caro! ¡Oh felicidad!

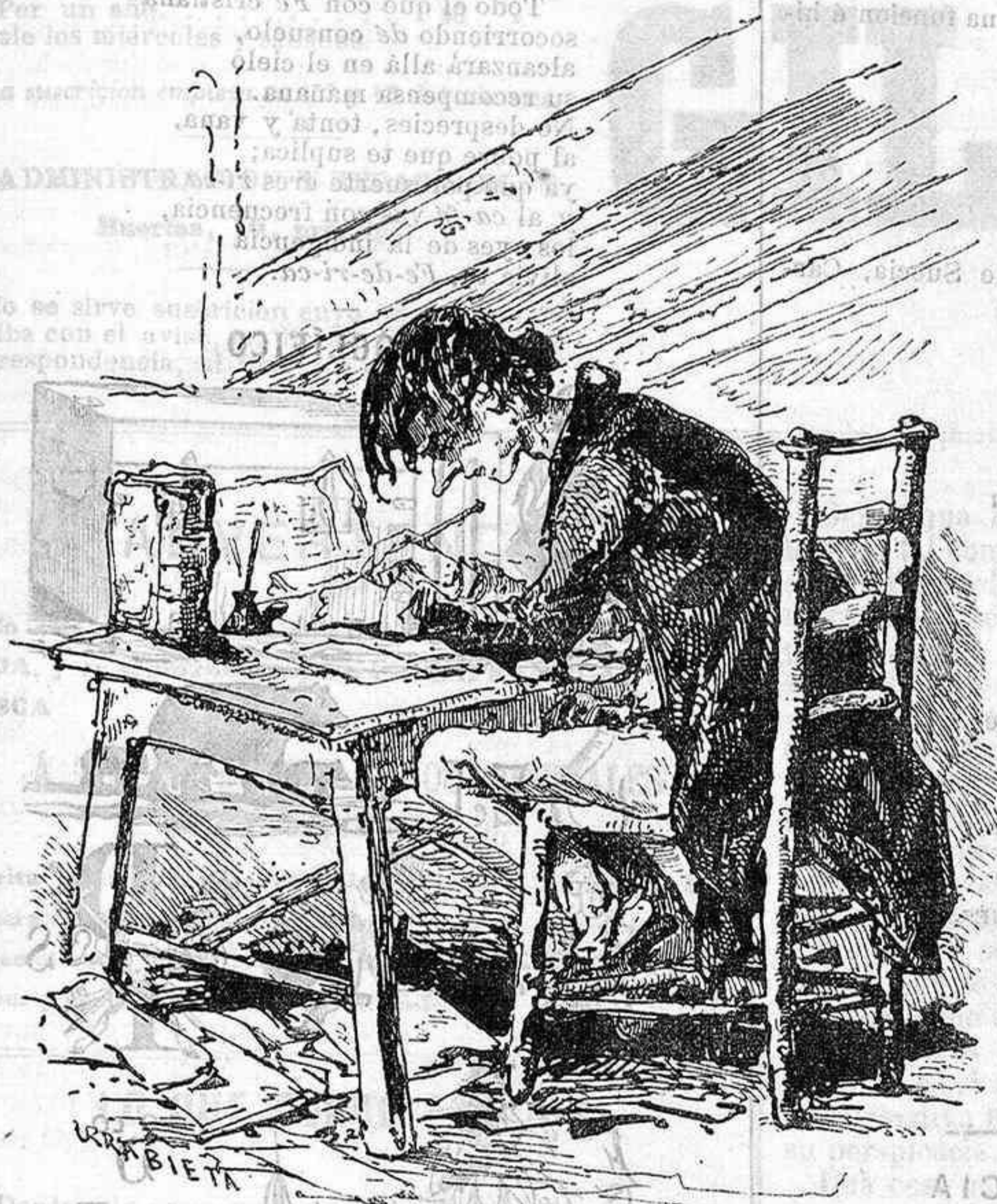
—Unas costumbres estrañas, una lengua que no se entiende. ¡Dios mio!

Además de estos atractivos, tenga Vd. en cuenta la tontería de algunos de mis respetables conciudadanos, y no hay más que hablar.

En el número anterior señalamos una infinidad de regicidios cometidos en Rusia cuando el despotismo reinaba en todo su candor... y furor.

Se lo avisamos á *La Lealtad*.

LOS AUTORES DE NOVELAS



El autor desconocido, pero de ingenio no romo, cuando está más aburrido empieza escribiendo un tomo.



A ser conocido llega, ¡gana una barbaridad! y da á dos cuartos la entrega... para la posteridad.

TEMPESTADES DE LA VIDA

(Continuacion.)

Se me llevó fuera, á un pequeño jardín que no conocia, pues estaba detrás de la cabaña. Hacia calor; el sol brillaba en toda su fuerza.

Estaba como un enfermo que han vuelto á la vida, y que ensaya sus primeros pasos en un día de buen tiempo. Me sentía egoísta. Vivía por el placer de vivir.

Se me sacudió vigorosamente para quitar el polvo que me ensuciaba, después de lo cual se me tendió sobre la yerba.

Así pasó la noche, los ojos vueltos hacia el estrellado cielo. Por la mañana descendió el rocío, y vertió sobre mis miembros fatigados una frescura deliciosa.

Cantaban los pájaros en los árboles, revestidos de musgo, y la brisa, pasando sobre los ciruelos salvajes, hacia caer y rebotar en las calles del jardín una granizada de frutos azules.

Mientras se vendía el mobiliario de mi perseguidor, un hombre llegó cerca de mí, me consideró con atención y dejó escapar una exclamación de sorpresa. No quedé menos admirado, ni tampoco menos conmovido que él. Era el comerciante que había comprado á mi pastora. A pesar de las arrugas que la edad había sembrado sobre su rostro, le reconocí y sentí nacer en mí una esperanza.

No había echado en olvido el movimiento de piedad que había experimentado en el momento de nuestra separación. Sabía dónde estaba mi amiga; era buena, y quizá nos reuniría.

«Pero ¡qué locura! Puesto que los cabellos de este hombre habían blanqueado, habían pasado diez años por lo menos. En este tiempo de turbaciones y miseria la pobre niña debió cambiar á menudo de amos.

Prometí resignarme. Mi ambición se limitaba á desear que este hombre me comprase y me condujese á su casa, donde al menos mi compañera se habría detenido un poco.

«¡Pobre diablo! dijo examinándome con interés y pasando su pañuelo sobre mi rostro empañado. ¡Cómo has cambiado! ¡Pero los colores reaparecen! no hay mucho perdido.

Inspeccionó minuciosamente mi persona, é hizo la reflexión sensata de que cuanto más miserable pareciera yo, más barato me compraría.

En efecto; le fui adjudicado por una suma insignificante; y aquel mismo día, instalado sobre su espalda, tomé con él el camino de la ciudad, sin más idea que la de ver á mi pastora, ó cuando menos oír hablar de ella,

pues me parecía imposible que una criatura tan perfecta no hubiese dejado recuerdos.

Desgraciadamente, como ya he dicho, la piedad del mercader no llegaba sino hasta ciertos límites.

Ocupado de su ganancia, cada día iba á buscar fuera buenas ocasiones; vendiendo á la vuelta lo que había comprado; por consiguiente, cuidaba más de sus ganancias que de un pobre señor como yo.

Mi situación le había parecido más sensible que interesante. Encontraba cruel, no que me hubiesen arrancado el alma, separándome de la que amaba, sino que hubiesen aminorado mucho mi valor, alejándome de un paisaje y de una figura que hacia buen efecto á mi lado.

«Así, lejos de conservarme, el sugeto que me había parecido tan dulce, se contentó con limpiarme un poco para ponerme presentable, y como en el interior no me veían me colgó fuera á fin que los transeuntes me examinaran con comodidad.

Allí fué donde cada día sufrí nuevas humillaciones.

Todos los que se paraban delante de mí, me criticaban. Los unos se reían de mi traje, tan diferente del suyo, los otros de mis polainas rasgadas, aquellos de mi fusil, torcido por mi estancia en el armario.

El mayor número se burlaba de la sonrisa eterna, con la cual recibía la lluvia, las salpicaduras de barro y los epigramas.

«Los tiempos habían cambiado! No se encontraba entre la gente del pueblo ese respeto, del cual había estado rodeado en otro tiempo. Se había operado una transformación hasta en el traje. Los vestidos sombríos habían sucedido á la seda y al terciopelo.

Aluviones de soldados pasaban por delante de mí. El cañon tronaba, anunciando cada día una nueva victoria. Muchos hombres partían para la guerra, pero volvían pocos. Sobre estos rostros bronceados por las batallas brillaba el entusiasmo.

Todas las mañanas, al tomar posesion de mi pared, me decía: ¿Dónde está René? ¿Quién sabe si pasará hoy por delante de mí? El tambien es soldado. Quizás habrá quedado en una de esas grandes llanuras donde se dan los combates. Así era como corría el tiempo para mí. A pesar de todas las buenas resoluciones que había tomado, me sentía infeliz. Amaba la vida íntima, como aquella que había llevado otras veces, y no la existencia de la calle, ruidosa y atormentadora.

Habia, sin embargo, bastante distancia de esta pared iluminada á mi armario oscuro, pero jamás está uno contento; y esto que había llamado tantas veces un paraíso, me parecía triste desde que sentí renacer la esperanza de volver á ver á mi amiga y á los dueños del castillo de Loiry.

Las pruebas anteriores no me habían corregido. Era preciso una última para llamarme á la razón y á una resignacion sin límites.

Un día que llovía mucho y que estaba afuera mirando el agua, que de cada calle formaba una isla, una mujer de apariencia vulgar se paró delante de mí.

Abrigada bajo un vasto paraguas, llevando un cesto lleno de provisiones en el brazo, tenia ese aire insolente de las gentes que están seguras de no errar en nada.

Llamó al vendedor.

Este, sobre las puntas de los pies para evitar los charcos de agua,

«¿En cuánto vendeis esto? dijo.

«¡Calle! me dije con tanta amargura, que el agua me azotó el rostro. Parece que no soy un hombre, sino una cosa.

«No muy caro, replicó el mercader, á pesar de haber estado en una gran casa.

«¿Qué me importa la casa? respondió aquella furia. Vuestro hombre está torcido. No está en medio, le falta alguna cosa, está súcio... Es preciso creer que en esa casa no lo han limpiado nunca. Veamos, ¿cuánto? Tengo prisa.

«¡Insolente! pensaba yo; te deben responder como mereces. Pero, contra lo que esperaba, el vendedor, que tenia ganas de deshacerse de mí, tomando en consideracion sus palabras, me cedió por un precio vergonzoso. Más bien quiso evitar una fatiga á su cliente; después de haberme descolgado y liado, me puse en marcha con ella.

Supe en el camino que tenia un bodegon.

«Gran Dios! Después de haber pertenecido á un ministro del rey, venir á parar en manos de una bodegonera que, sin duda, me pondrá en la sala comun, donde los carreteros juran, los transeuntes beben, y donde los borrachos riñen! ¡Iba á vivir en medio de los cocineros, de los criados de baja estofa! ¡Iba á sufrir sus innobles palabras; yo, el confidente de Magdalena!

La mujer, después de haber llegado, me desplegó, me repasó, dió algunos cosidos á mis vestidos; después, examinando el forro que el tiempo había desgastado, me puso otro bastante limpio y mucho más sólido que el primero. En seguida, como sus quehaceres la llamaban á otra parte, me dejó allí. Entregado á mí mismo, miré el lugar en que me encontraba.

Era en efecto la sala comun. Las dos ventanas que daban á la calle estaban enrejadas. Bajo un techo negro, las paredes estaban adornadas de dibujos que no tenían más valor que el marco que los rodeaba. Iba á sustituir á esos pobretes. ¡Qué honra para un señor salido de los gobelinos!

(Se concluirá.)

Dice *La Regeneracion* que si volvieren los frailes, al abrirse otra Exposicion universal podriamos hacer un papel más lucido que el que hemos hecho este año.
¿Presentando en ella frailes?

A propósito: *La Regeneracion* manifiesta serle indiferente que nuestros ingenieros hayan *soplado* mejor ó peor en Paris.

Sin duda á nuestro colega no le interesan más *soplos* que los que encendian las hogueras de la Inquisicion.

Y advierto de paso que esto no está dicho con *escoso* de chiste y *conato* de gracia, dos cosas que, aplicadas por *La Regeneracion* á una misma frase, prueban que tiene la cabeza á pájaros,—ó á frailes.

Por lo demás, harto siento no poder hacer alarde de mejores chistes.

Ignoro si *La Regeneracion* siente tambien no poder repetir las desvergüenzas de su repertorio.

Sentimentalismo.

Si de amargura está mi vida llena,
te quejas sin razon de mi desvío;
no comprendes cuál es el dolor mio,
cuál el origen de mi oculta pena.

Del mundo alegre en la dorada escena
te seguí con inmenso desvarío;
tuyas mi voluntad y mi albedrío
mientras llevé con gusto la cadena.

Rico de amor, aunque de bolsa pobre,
sin igual mi pasión es en el mundo,
pero has de dispensarme hasta que cobre.

Porque, lo digo con dolor profundo,
no puedo verte á causa de las botas...
¡Ay, solo tengo un par y ya están rotas!

M. Diaz Perez.

Asegura *La Regeneracion* que profetizó hace mucho tiempo lo que está pasando en Méjico.

¡Vaya una gracia! Tambien lo profeticé yo.

En el estanque del Retiro van á colocarse lanchas para que el público se pasee por un módico precio. Suponemos que habrá trenes de ida y vuelta.

El sultan ha regalado en Lóndres al director de un teatro una tabaquera con brillantes por valor de 60.000 rs.

Hé aquí unos brillantes que no tienen más que un inconveniente:—la tabaquera.

—¿Con que brillantes, eh?

—Y puros.

—Pues si son puros, me atrevo á fumármelos.

Ya ha terminado en Barcelona la magnífica exposicion retrospectiva.

—¿Y qué es eso de retrospectiva?

—Una exposicion hácia atrás.

En contestacion á un suelto publicado en el núm. 86 de este periódico, nos remite nuestro amigo Arderius la siguiente carta:

Amigo Luis: Contesto á las preguntas que me hace el GIL BLAS, de la siguiente manera: El teatro del Circo es mio por escritura firmada por D. Segundo Colmenares en 15 de diciembre del año pasado. Tengo la compañía formada y con sus respectivos préstamos. El abono comprometido desde el mes de enero para el teatro del Circo. Hecho el vestuario para la gran magia que pondré en escena. En mi poder *Los órganos de Móstoles*, de Larra; *Pablo y Virginia*, de Blasco; *La isla de los Portentos*, de Zumel; *La piedra filosofal*, de Ramos; *Los infernos de Madrid*, de Larra, y otras varias obras.

Si el que desee tomar el Circo quiere abonarme todos estos gastos y estos perjuicios, no dudo que habrá quien se quiera quedar con el Circo. Esas voces que han corrido por Madrid las ha extendido mi querido amigo P. P. P. que, según habrás visto por el éxito de Barcelona, es un gran profeta.

Adios, amigo Luis; puede esa redaccion contar con toda seguridad con la butaca que le corresponde en el teatro del Circo para la próxima temporada, y hasta el día 15 de agosto, que tendré el gusto de darte un abrazo, se repite tuyo

Francisco Arderius.

Barcelona 28 de julio, 1867.

En Barcelona ha muerto un ciudadano de 105 años de edad.

Segun todas las apariencias, jamás habia sido perodista.

El teatro chino volvió á abrirse, dió una funcion é hizo mutis.

¡Oh miserable destino
de las cosas terrenales!
¡Entonad los funerales
otra vez al teatro chino!

Hé aquí un pensamiento del rey de Suecia, Carlos XV:

«No creais ciegamente á los espías.»

Cantares.

Mas de cuatro que se casan
pienso no se casarian,
si como el amor es ciego
el amor tuviese vista.

Es el amante celoso
como los perros que rabian,
que errando van por las calles
para no morir en casa.

Por el no sé qué de Elvira,
por mi no sé qué tal vez,
el caso es que nos queremos
por nuestros dos no—sé—qués.

Por cada verdad que digo
suele salirme una cana.
¡Ay! ¡pobre cabeza mia,
qué pronto te veré blanca!

CORRESPONDENCIA

Sr. Director de GIL BLAS.

Valencia 31 de julio de 1867.

Muy señor mio: Con esta fecha dirijo al señor director de *Las Provincias*, periódico de esta capital, el siguiente comunicado, que remito á Vd., por si *Las Provincias* no tiene á bien publicarlo, y para que Vd. se entere, si por acaso no lo está, del insultante suelto que publica:

«Sr. Director de *Las Provincias*.—Muy señor mio: En el núm. 543 de su apreciable periódico, correspondiente al día de hoy, y en la seccion de *Noticias locales*, he leído un suelto en el que, con una ligereza impropia de un diario de tan buena nota como *Las Provincias*, se exagera lo que sobre el carácter valenciano ha publicado el periódico de Madrid, GIL BLAS, en su número 85 del 24 del corriente.—El Sr. Blasco, á quien no tengo el gusto de conocer, no ha dicho más que una pura verdad en todo lo que publica en el periódico de que es redactor; y Vd. sabe muy bien que todos aquellos crímenes que menciona sucedieron desgraciadamente.—Tambien dice *Las Provincias* que, según el Sr. Blasco, las preciosas valencianas van descalzas á la alameda en sus tartanas, lo que se conoce no ha leído bien el autor del insultante suelto; puesto que lo que se dice es que van con zapatillas, cosa que Vd. no podrá negar.—En una sola cosa ha estado el Sr. Blasco un poco exagerado; en lo que dice sobre que en la huerta los labradores se dan *puñaladitas* por la espalda, lo cual, si bien sucede, no es con frecuencia.

Por lo demás, enterado como estoy de cómo se escriben los sueltos de un periódico, no me ha estrañado que diga *Las Provincias* que el artículo del GIL BLAS ha producido natural desagrado en todos los valencianos que lo han leído, porque se conoce que al autor no le ha satisfecho, pues como valenciano, hubiera querido que el Sr. Blasco hubiera puesto á Valencia en las nubes, ó la comparase al cielo, lo cual no es posible, porque además de ser Valencia una ciudad como muchas, tienen sus habitantes la mala fama que dice el Sr. Blasco. Y para que rectifique el autor del suelto de *Las Provincias* lo que injustamente dice, basta que lea con atencion el artículo y se fije en la conclusion, desde donde dice *Adios, Valencia, país de flores*, hasta, *Adios las tartanas, y los tartaneros y las niñas de las tartanas*. Y si con esto no tiene bastante, lea los demasiados elogios que el autor tributa al Cabañal. Réstame, Sr. Director, suplicar á Vd. se sirva dar cabida á la presente en su popular periódico, por lo que anticipadamente le da las gracias su afectísimo, etc.—Un valenciano amante de la verdad.

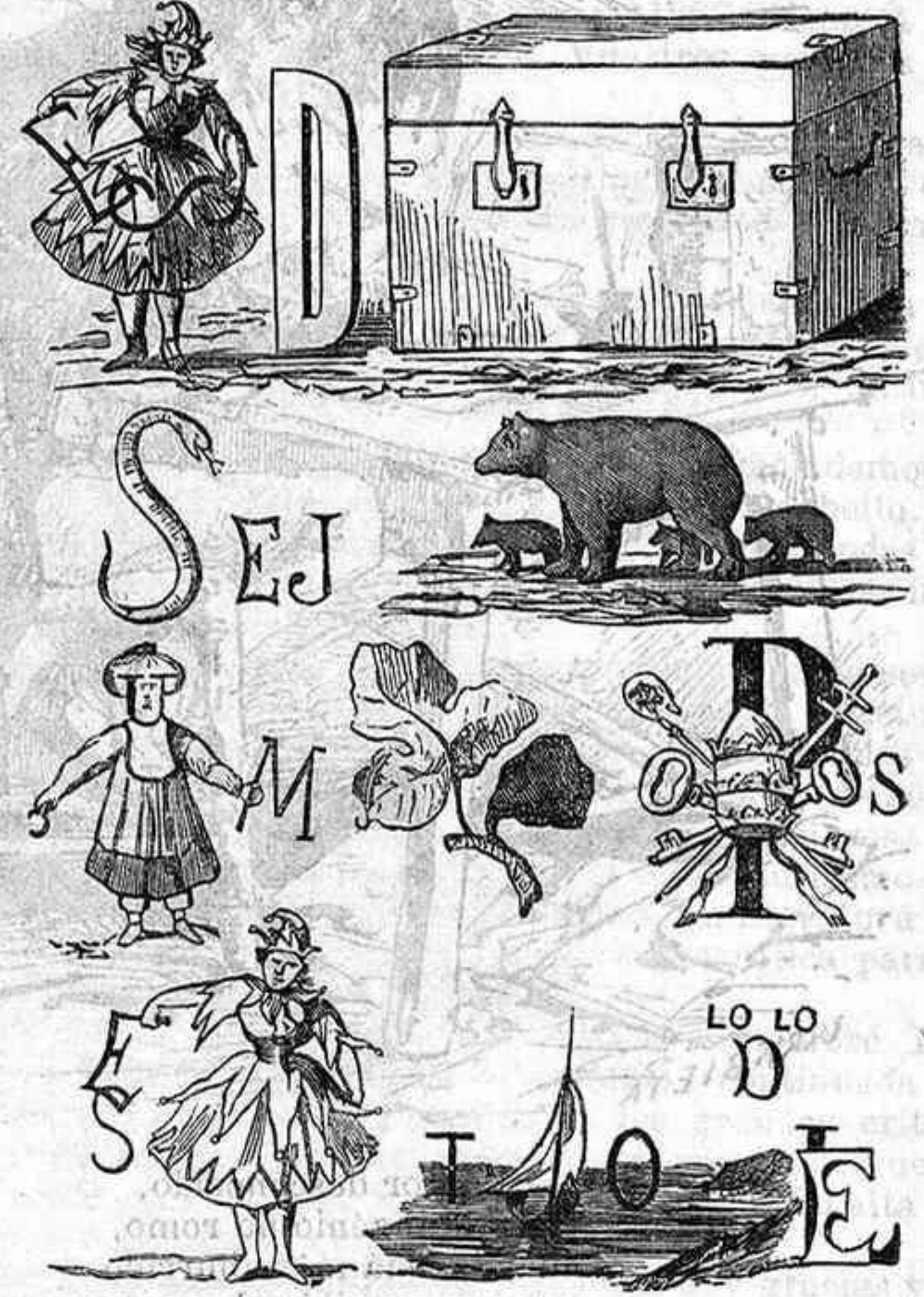
Por nuestra parte, despues de dar las gracias al autor del comunicado, solo añadiremos que no hemos leído el suelto del periódico *Las Provincias*, y dejamos la cuestion íntegra para que nuestro compañero el señor Blasco la trate como tenga por conveniente.

PASATIEMPO

Solucion á la Charada del número anterior:

Todo el que con Fé cristiana
socorriendo dé consuelo,
alcanzará allá en el cielo
su recompensa mañana.
No desprecies, tonta y vana,
al pobre que te suplica;
ya que por suerte eres ri-ca
y al ca-fé vas con frecuencia,
los ayes de la indigencia
alivia tú, Fe-de-ri-ca.

JEROGLÍFICO



(La solucion en el número próximo.)

ANUNCIOS

TERMAS DE MATHEU EN ALHAMA DE ARAGON

TOCANDO CON LA ESTACION DEL CAMINO DE HIERRO.

La pulverizacion de los 222 litros por segundo del agua calificada de termo-acidulo-carbónico-ferrosa-azoadá que se precipita en la gran cascada, cura radicalmente la coqueluche por medio de las inalaciones, que son igualmente un poderoso remedio para las enfermedades de los órganos respiratorios. Encima de los establos de vacas hay habitaciones para los que necesitan respirar una atmósfera saturada con los gases de aquellas. Las aguas tienen un gusto exquisito: tomadas en baño é interiormente curan el reuma, cualquiera que sea su procedencia; así como la parálisis, enfermedades de la orina, de la matriz, del estómago, las heridas producidas por arma de fuego ó blanca, aunque haya carie en los huesos, y otros males. Los precios de alojamiento y comida varían de 20 rs. á 50. Los jardines, frondosas alamedas y paseos, el gran lago termal con sus cinco falúas, los conciertos que da la compañía de zarzuela del teatro de Pozas, y otras distracciones, hacen agradable la estancia en esta deliciosa finca.—6.

ENCUADERNACIONES

En el obrador de Vicente Martin, calle del Lobo, número 40, se glasea toda clase de papel con la mayor prontitud y economía.

Tambien se doran letreros é iniciales sobre cintas, petacas, carteras, etc. etc.

BAZAR DE CALZADO

Calle de la Montera, núm. 2.

Gran surtido para caballeros, señoras y niños; calzado de becerro de una y dos suelas, de vaca, de charol y satén, charol y chagren, becerrillo fino y cabritilla, etc., etc. Lo más elegante de construccion alemana. Precios moderados.

BAÑOS

NO MAS TUFO EN LAS HABITACIONES.

Ave-Maria, núm. 11, tienda de Marin.

Se venden y alquilan baños de zinc y de hoja de lata, con estufas ordinarias y de las que no dan tufo, como en años anteriores, que en atencion á las circunstancias y á las muchas aguas que posee hoy Madrid, serán sus precios muy económicos.

Editor responsable, D. JOSÉ PEREZ.

MADRID: 1867.

IMPRENTA DE R. LABAJOS, CALLE DE LA CEBEZA, 27.